

100

AÑOS

HISTORIAS DE AGATHA CHRISTIE

Agatha Christie[®]



OCHO
CASOS
DE POIROT

booket

Agatha Christie

Ocho casos de Poirot

Traducción de Zoe Godoy

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

The Under Dog and Other Stories © 1951 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Poirot son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie®

Traducción de Zoe Godoy

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.
Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2020

Depósito legal: B. 27.285-2019
ISBN: 978-84-08-22340-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El inferior

Lily Margrave alisó los guantes con gesto nervioso sin quitárselos de encima de la rodilla y dirigió una ojeada rápida al hombre que ocupaba el sillón que tenía enfrente.

Había oído hablar mucho de monsieur Hércules Poirot, el famoso investigador, pero ésta era la primera vez que lo veía en carne y hueso. El cómico, casi ridículo, aspecto del digno caballero variaba la idea que se había hecho de él. ¿Podría haber llevado a cabo, en realidad, las cosas maravillosas que se le atribuían con aquella cabeza de huevo y aquellos desmesurados bigotes? De momento estaba absorbido en una tarea verdaderamente infantil: amontonaba, uno sobre otro, pequeños dados de madera, de diversos colores, y la tarea parecía despertar en él una atención mayor que la explicación de ella.

Sin embargo, cuando Lily guardó silencio la miró vivamente.

—Continúe, mademoiselle, por favor. La escucho; esté segura de que la escucho con interés.

Casi enseguida volvió a apilar los dados de madera. La muchacha reanudó la historia, terrorífica, violenta, aunque su voz era serena, inexpresiva, y su narración tan concisa que parecía encontrarse al margen de todo sentimiento de humanidad.

—Confío —observó al terminar— que me habré expresado con claridad.

Poirot hizo repetidas veces un gesto afirmativo y enfático.

De un revés derribó los dados, diseminándolos sobre la mesa, y acto seguido se recostó en el sillón, unió las puntas de los dedos y fijó la mirada en el techo.

—Veamos —dijo—, a sir Reuben Astwell le asesinaron hace diez días, y el miércoles, o sea, anteayer, la policía detuvo a su sobrino Charles Leverson. Le acusan de los hechos siguientes (si me equivoco en algo, dígallo, mademoiselle): hace diez días sir Reuben escribía, sentado en la habitación de la Torre, su sanctasanctorum. Mr. Leverson llegó tarde y abrió la puerta con su llave particular. El mayordomo, cuya habitación estaba situada precisamente debajo de la Torre, oyó reñir a tío y sobrino. La disputa concluyó con un golpe ahogado.

»Este hecho alarmó al mayordomo y el hombre pensó en levantarse para ver lo que sucedía, pero pocos segundos después oyó a Mr. Leverson salir de la habitación tarareando una canción de moda y renunció a su propósito. Sin embargo, a la mañana siguiente la doncella encontró muerto a sir Reuben sobre el escritorio. Le habían asestado un golpe en la cabeza con un instrumento pesado. De todos modos, el mayordomo no refirió enseguida su historia a la policía, ¿verdad, mademoiselle?

La inesperada pregunta sobresaltó a Lily Margrave.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Que en estos casos todos solemos alardear de humanidad. Mientras me refería lo sucedido en casa de sir Reuben, de manera admirable y detallada, hay que confesarlo, convertía en muñecos de guiñol a los actores del drama. Pero yo siempre busco en ellos lo que tienen de humano. Por eso digo que el mayordomo ese..., ¿cómo se llama?

—Parsons.

—Digo, pues, que ese Parsons debe de poseer las características de su clase. Es decir: que alberga cierta preven-

ción hacia los agentes de policía y que está poco dispuesto a darles explicaciones. Por encima de todo no declarará nada que pueda comprometer a los habitantes de la casa. Estará convencido de que el crimen es obra de cualquier escalador nocturno, de un ladrón vulgar, y se aferrará a la idea con una obstinación extraordinaria. Sí, la fidelidad de los asalariados es curiosa y digna de estudio, de un estudio muy interesante.

Poirot se recostó en el sillón con el rostro resplandeciente.

—Entretanto —continuó—, los demás actores habrán referido cada uno una historia, entre ellos Mr. Levenson, que asegura que volvió a casa a hora avanzada y no fue a ver a su tío, pues se fue directamente a la cama.

—Eso es lo que dice, en efecto.

—Y nadie duda de la afirmación —murmuró Poirot—, a excepción, quizá, de Parsons. Luego le toca entrar en escena al inspector Miller, de Scotland Yard, ¿no es eso? Le conozco, nos hemos visto una o dos veces hace algún tiempo. Es lo que se llama un hombre listo, astuto como zorro viejo. ¡Sí, le conozco bien! El inspector ve lo que nadie ha visto y Parsons no está tranquilo porque sabe algo que no ha revelado. Sin embargo, el inspector lo pasa por alto. Pero, de momento, queda suficientemente demostrado que nadie entró en casa de sir Reuben por la noche y que debe buscarse dentro, no fuera de ella, al asesino. Y Parsons se siente desgraciado, tiene miedo, por lo que le aliviaría muchísimo compartir con alguien su secreto.

»Ha hecho cuanto ha estado en su mano para evitar un escándalo, aunque todo tiene un límite, y por ello el inspector Miller ha escuchado su historia y, después de dirigirle una o dos preguntas, ha llevado a cabo averiguaciones que sólo él conoce. El resultado es peligroso, muy peligroso para Charles Levenson, porque ha dejado la huella de sus dedos manchados de sangre en un mueble que se

encontraba en la habitación de la Torre. La doncella ha declarado también que a la mañana siguiente del crimen vació una palangana llena de agua y sangre que sacó de la habitación de Mr. Leveson y que a sus preguntas dicho señor contestó que se había cortado un dedo. En efecto, tenía un corte ridículamente insignificante. Y aun cuando lavó uno de los puños de la camisa que llevaba puesta la noche anterior, se descubrieron manchas de sangre en la manga de la chaqueta. Todo el mundo sabe que tenía necesidad urgente de dinero y que a la muerte de sir Reuben debía heredar una fortuna. ¡Oh, sí, mademoiselle! Se trata de un caso muy interesante.

Poirot hizo una pausa.

—Usted ha venido a verme hoy, ¿por qué? —quiso saber después.

Lily Margrave se encogió de hombros.

—Me manda aquí lady Astwell, como le he dicho —contestó.

—Pero viene usted de mala gana, ¿no es cierto?

La muchacha no contestó y el hombrecillo le dirigió una mirada penetrante.

—¿No desea responder?

Lily volvió a calzarse los guantes.

—Me es difícil, monsieur Poirot. Deseo ser fiel a lady Astwell. No soy más que una señorita de compañía a la que se le pagan sus servicios, pero ella me ha tratado mejor que a una hija o una hermana. Es muy afectuosa y aunque conozco sus defectos no deseo criticar sus actos... ni impedir que usted se encargue de solucionar el caso. No quiero influir en su decisión.

—Monsieur Poirot no se deja influir por nada ni por nadie, *cela ne se fait pas* —manifestó, gozoso, el hombrecillo—. Me doy cuenta de que usted cree que lady Astwell tiene una sospecha, ¿me equivoco en mi presunción?

—Si he de serle franca...

—¡Hable, mademoiselle, hable!

—Estoy convencida de que cree una tontería...

—¿Sí?

—Sin que esto sea una crítica en contra de lady Astwell.

—Comprendo —murmuró Poirot—. Comprendo perfectamente.

Sus ojos la invitaban a continuar.

—Como le decía a usted, es muy buena y amable, pero... ¿cómo lo expresaría yo? No es una mujer educada. Ya sabe que actuaba en el teatro cuando sir Reuben se casó con ella y por eso alberga muchos prejuicios, es muy supersticiosa. Cuando dice una cosa hay que creerle a pies juntillas, porque no atiende a razones. El inspector la ha tratado con poco tacto y esto la mueve a retroceder. Pero dice que es una tontería sospechar de Mr. Leverson, porque el pobre Charles no es un criminal. La policía es estúpida y comete un terrible error.

—Supongo que tendrá sus razones para afirmarlo, ¿no es así?

—No, señor, ninguna.

—¡Ya! ¿De veras?

—Ya le he dicho —continuó Lily Margrave— que de nada le va a servir acudir a usted y reclamar su ayuda sin tener nada que exponer ni nada en qué basar lo que cree.

—¿De verdad le ha dicho eso? Es muy interesante —dijo Poirot.

Sus ojos dirigieron a Lily una rápida y comprensiva ojeada desde la cabeza a la punta de los pies. Su mirada captó con todo detalle el pulcro y negro traje sastre, el lazo blanco del cuello, la blusa de crespón de China, adornada con gusto exquisito, el elegante sombrero de fieltro negro. Reparó en su elegancia, en el bonito semblante de barbilla afilada, las largas pestañas de un negro azulado, e insensiblemente varió de actitud. No era el caso, sino la muchacha que tenía delante lo que despertaba en él un nuevo interés.

—Supongo, mademoiselle, que lady Astwell es una persona algo desequilibrada e histérica...

Lily Margrave hizo un gesto ansioso de afirmación.

—Sí, la describe usted exactamente —dijo—. Es muy afectuosa, lo repito, pero es imposible discutir con ella, convencerla de que sea lógica.

—Posiblemente sospecha de alguien —insinuó Poirot—. De alguien tan inofensivo que sus sospechas se antojan absurdas.

—¡Precisamente! —exclamó Lily Margrave—. Le ha tomado ojeriza al secretario de sir Reuben, que es un pobre hombre. Dice que es el asesino de sir Reuben, que ella lo sabe, aunque está demostrado que Mr. Owen Trefusis no pudo cometer el crimen.

—¿Se basa en algún motivo, en algún hecho, para acusarle?

—Se basa exclusivamente en su intuición.

En la voz de Lily Margrave se traslucía el desdén.

—Ya veo, mademoiselle, que no cree usted en la intuición —observó Poirot, sonriendo.

—Es una tontería.

Poirot se recostó en el sillón.

—A *les femmes* —murmuró— les gusta creer en ella. Dicen que es un arma que el buen Dios les ha dado. Sin embargo, aunque algunas veces no las engaña otras las extravía.

—Lo sé. Pero ya le he dicho cómo es lady Astwell. No es posible discutir con ella.

—Por eso usted, mademoiselle, que es prudente y discreta, ha creído que de paso que viene a buscarme debe ponerme *au courant* de la situación...

Una inflexión particular en la voz de Poirot hizo que Lily Margrave levantase la cabeza.

—Sí —murmuró excusándose—, aunque conozco el valor de su tiempo.

—Usted me lisonjea, mademoiselle. En efecto, en estos momentos me encuentro ocupado en la resolución de varios casos.

—Ya me lo temía —dijo Lily poniéndose en pie—. Le diré a lady Astwell que...

Pero Poirot no se levantó. Permaneció sentado mirando fijamente a la muchacha.

—¿Tiene prisa, mademoiselle? —interrogó—. Aguarde un momento, por favor.

Lily se ruborizó, luego se puso pálida y volvió a tomar asiento de mala gana.

—Mademoiselle es viva y adopta sus decisiones rápidamente. Perdone que un viejo como yo sea más lento. Usted se equivoca, mademoiselle. Yo no me niego a hacerle una visita a lady Astwell.

—Entonces, ¿vendrá a verla?

La muchacha se expresó en un tono frío. No miraba a Poirot, tenía los ojos fijos en el suelo y por eso no se dio cuenta del atento examen al que él la sometía en ese instante.

—Diga a lady Astwell, mademoiselle, que estoy a su disposición. Iré por la tarde a Mon Repos. Es el nombre de la finca, ¿verdad?

Poirot se puso de pie y la muchacha le imitó.

—Se lo diré. Agradezco mucho la atención, monsieur Poirot. Sin embargo, temo que va usted a perder el tiempo.

—Es muy posible. Sin embargo, ¿quién sabe!

Poirot la acompañó con versallesca cortesía hasta la puerta. Luego volvió a entrar en la salita pensativo, con el ceño fruncido. Abrió una puerta y llamó al ayuda de cámara.

—Mi buen George, prepáreme una maleta, se lo ruego. Me voy al campo.

—Sí, señor —repuso George.

El hombre era de tipo muy inglés: alto, cadavérico, inexpresivo.

—¡Qué fenómeno tan interesante es una muchacha, George! —observó Poirot dejándose caer sobre el sillón y encendiendo un cigarrillo—. Sobre todo cuando es inteligente, ¿comprendes? Te pide algo y al mismo tiempo pretende convencerte de que no lo hagas. Para ello se requiere suma *finesse d'esprit*. Pero esa muchacha es muy lista, sí, muy lista. Sólo que ha tropezado con Hércules Poirot y éste posee una inteligencia excepcional, George.

—Se lo he oído decir al señor varias veces.

—No es el secretario quien le interesa y desprecia la acusación de lady Astwell, pero no quiere que «se altere el sueño de los que duermen». Y yo, George, lo alteraré. ¡Los obligaré a luchar! En Mon Repos se está desarrollando un drama, un drama humano que me excita los nervios. Y aunque esa pequeña es lista, no lo es lo suficiente. ¿Qué será, señor, lo que vamos a encontrar allí?

La voz de George interrumpió la pausa dramática que sucedió a estas palabras para preguntar en un tono muy natural:

—¿El señor desea llevarse el traje de etiqueta?

Poirot le miró con tristeza.

—Siempre ese cuidado, esa atención constante a sus obligaciones. Es muy bueno para mí, George —repuso.

Cuando el tren de las cuatro y cuarenta y cinco llegó a la estación de Abbots Cross, monsieur Hércules Poirot, vestido de manera impecable y con los bigotes rígidos a fuerza de cosmético, descendió de él. Entregó su billete, franqueó la barrera y se vio delante de un chófer de buena estatura.

—¿Monsieur Poirot?

El hombrecillo le dirigió una mirada alegre.

—Así me llaman —dijo.

—Entonces tenga la bondad de seguirme. Por aquí.

Y abrió la portezuela de un hermoso Rolls-Royce. Mon Repos estaba apenas tres minutos de la estación.

Allí el chófer bajó del coche, abrió la portezuela y Poirot echó pie a tierra. El mayordomo tenía ya abierta la puerta de entrada.

Antes de franquear el umbral, Poirot lanzó una ojeada a su alrededor. La casa era hermosa y sólida, de ladrillo rojo, sin ninguna pretensión de belleza, aunque con el aspecto de una comodidad positiva.

Poirot entró en el vestíbulo. El mayordomo tomó de sus manos el abrigo y el sombrero con la desenvoltura que da la práctica y a continuación murmuró, con esa media voz respetuosa y característica de los buenos servidores:

—Su señoría espera al señor.

Poirot le siguió pisando una escalera alfombrada. Aquel bien educado sirviente debía de ser Parsons, no cabía duda, y sus modales no revelaban la menor emoción. Al llegar a lo alto de la escalera torció a la derecha y enfiló por un pasillo seguido de Poirot. Desembocaron en una pequeña antesala en la que se abrían dos puertas. Parsons abrió la de la izquierda y anunció:

—Monsieur Poirot, milady.

La habitación, de dimensiones reducidas, estaba atestada de muebles y de bibelots. Una mujer vestida de negro se levantó de un sofá y salió vivamente a su encuentro.

—¿Cómo está usted?

Su mirada recorrió rápidamente la figura del detective.

—Bien, ¿y usted, milady? —exclamó éste, tras darle un vigoroso y fugaz apretón de manos.

—¡Creo en los hombres pequeños! Son inteligentes.

—Pues si mal no recuerdo, el inspector Miller es también de corta estatura —murmuró Poirot.

—¡Es un idiota presuntuoso! —dijo lady Astwell—. Siéntese aquí, a mi lado, si no tiene inconveniente.

Indicó a Poirot el sofá y siguió diciendo:

—Lily ha tratado de convencerme de que no le llamase, pero ya comprenderá que a mis años sé muy bien lo que quiero.

—¿De veras? Pues es un don poco común —observó Poirot, siguiéndola hasta el sofá.

Lady Astwell se sentó sobre los almohadones y se volvió a mirarle.

—Lily es bonita —dijo—, aunque cree saberlo todo. Y las personas que creen saberlo todo se equivocan, me lo dice la experiencia. Yo no soy inteligente, no, monsieur Poirot, pero creo en las corazonadas. Y ahora, ¿quiere o no que le diga quién es el asesino de mi marido? Porque una mujer lo sabe.

—¿Lo sabe también miss Margrave?

—¿Qué le ha dicho ella? —preguntó con acento vivo lady Astwell.

—Nada. Se ha limitado a exponer los hechos del caso.

—¿Los hechos? Sí, son desfavorables a Charles, naturalmente, pero le digo a usted, monsieur Poirot, que él no ha cometido el crimen. ¡Sé que no lo ha cometido!

Lo dijo con una seriedad desconcertante.

—¿Está bien segura, lady Astwell?

—Trefusis mató a mi marido, monsieur Poirot, estoy segura de ello.

—¿Por qué?

—¿Por qué le mató, quiere usted decir, o por qué estoy tan segura? ¡Lo sé, repito! Créame, me di cuenta de ello enseguida y lo sostengo.

—¿Beneficia en algo a Mr. Trefusis la muerte de sir Reuben?

—Mi marido no le deja un solo penique —replicó lady Astwell—, lo que demuestra que ni le gustaba su secretario ni confiaba en él.

—¿Llevaba mucho tiempo a su servicio?

—Unos nueve años, poco más o menos.

—No es mucho —dijo Poirot en voz baja—. Sin embargo, sí lo es permanecer ese tiempo al lado de una misma persona. Sí, Mr. Trefusis debía de conocerle a fondo.

Lady Astwell miró fijamente.

—¿Adónde quiere ir a parar? No veo qué relación tiene una cosa con otra.

—No me haga caso. Mi observación responde a una idea. Es una idea poco interesante, pero original, quizá, que se relaciona con el efecto que la servidumbre produce en algunas personas.

Lady Astwell seguía mirando fijamente sin comprender.

—Es usted muy perspicaz, ¿verdad? Lo asegura todo el mundo —dijo como si lo pusiera en duda.

Hércules Poirot se echó a reír.

—Quizá me haga el mismo cumplido cualquier día de estos, madame. Pero volvamos al móvil del crimen. Hábleme del servicio, de las personas que estaban en esta casa el día de la tragedia.

—Charles estaba en ella, naturalmente.

—Tengo entendido que es sobrino de su marido, no de usted...

—En efecto. Charles es el único hijo de una hermana de Reuben. Esta señora se casó con un hombre relativamente rico, pero murió arruinado, como tantos jugadores de bolsa de la City; su mujer murió también y entonces Charles se vino a vivir con nosotros. Tenía entonces veintitrés años y seguía la carrera de leyes, aunque poco después Reuben lo colocó en el negocio.

—¿Era trabajador Mr. Leverson?

—Veo que posee una comprensión rápida, eso me agrada —dijo lady Astwell—. No, Charles no era trabajador, por desgracia. Y por ello discutía continuamente con su tío, que le reprendía por lo mal que desempeñaba sus obligaciones. Claro que el pobre Reuben tampoco era muy comprensivo. En más de una ocasión me había visto obligada a

recordarle que él también fue joven alguna vez. Pero había cambiado mucho, monsieur Poirot —concluyó lady Astwell con un suspiro.

—Es la vida, milady —repuso Poirot.

—Sin embargo, nunca fue grosero conmigo. Y si alguna vez se fue de la lengua, pobre Reuben, se arrepentía al instante.

—Tenía un carácter difícil, ¿verdad?

—Yo sabía manejarlo —repuso lady Astwell con aire de triunfo—, aunque a veces perdía la paciencia con los sirvientes. Hay muchas maneras de mandar, monsieur Poirot, pero Reuben no acertaba a dar con la que convenía.

—¿A quién ha legado sir Reuben su fortuna, lady Astwell?

—Me deja una mitad a mí y a Charles la otra —replicó lady Astwell—. Los abogados no lo explican de una forma tan rotunda, pero en esencia viene a ser tal como le digo.

Poirot hizo un gesto de afirmación.

—Comprendo, comprendo —murmuró—. Ahora le ruego, señora, que me describa a los habitantes de la casa. Viven en ella usted, Mr. Charles Leverson, sobrino de sir Reuben, el secretario Owen Trefusis y miss Lily Margrave. Cuénteme algo de la señorita.

—¿Se refiere a Lily?

—Sí. ¿Lleva muchos años a su servicio?

—Un año tan sólo. He tenido muchas secretarias, ¿sabe?, pero todas ellas han acabado por sacarme de quicio. Lily es distinta. Está llena de tacto, de sentido común, y además es muy simpática. A mí me gusta tener al lado caras bonitas, monsieur Poirot. Soy muy especial: siento simpatías y antipatías, y me guío por ellas. En cuanto vi a esta muchacha me dije: «servirá». Y así ha sido.

—¿Se la recomendó alguna amiga?

—No, vino en respuesta a un anuncio que puse en los periódicos.

—¿Sabe quiénes son sus padres? ¿De dónde procede?

—Su padre y su madre viven en la India, según creo. En realidad no conozco demasiados detalles de su vida. Pero Lily es una señora. Se ve enseguida, ¿verdad?

—Sí, desde luego, desde luego.

—Yo no soy una señora —siguió diciendo lady Astwell—. Lo sé y los sirvientes también lo saben, pero no soy mezquina. Sé apreciar lo bueno que tengo delante y nadie se ha portado mejor conmigo que Lily. Por ello considero a esa muchacha como a una hija, monsieur Poirot.

Poirot alargó el brazo y colocó en su sitio uno o dos objetos que estaban encima de la mesa vecina.

—¿Compartía sir Reuben los mismos sentimientos? —quiso saber a continuación.

Tenía puestos los ojos en los bibelots, pero se dio cuenta de la pausa que hizo lady Astwell antes de contestar a la pregunta.

—Los hombres son distintos. Pero ambos tenían una buena relación.

—Gracias, madame —sonrió Poirot.

Hubo una pausa.

—Bien, así que todas estas personas estaban aquella noche en casa... a excepción, claro está, de la servidumbre, ¿no es eso?

—También estaba Victor.

—¿Victor?

—Sí, mi cuñado, el socio de Reuben.

—¿Vive con ustedes?

—No, acababa de llegar a Inglaterra. Ha estado varios años en África Occidental.

—En África Occidental —murmuró Poirot.

Se estaba dando cuenta de que, si le daba el tiempo suficiente, lady Astwell sabría desarrollar por sí sola un tema de conversación.

—Dicen que es un país maravilloso, aunque a mí me parece que ejerce una influencia perniciosa sobre determinadas personas. Beben mucho y se desmoralizan. Ningún Astwell tiene buen carácter, pero el de Victor ha empeorado desde su estancia en África. A mí misma me ha asustado más de una vez.

—Y también a miss Margrave, ¿no es así?

—¿A Lily? No creo, apenas se han visto.

Poirot escribió una o dos palabras en el diminuto libro de notas que guardaba en el bolsillo.

—Gracias, lady Astwell. Y ahora, si no tiene inconveniente, deseo hablar con Parsons.

—¿Quiere que le diga que suba?

La mano de lady Astwell se acercó al timbre, pero Poirot detuvo el ademán rápidamente.

—¡No, mil veces no! —exclamó—. Bajaré yo a verle.

—Si lo juzga preferible...

Lady Astwell se sintió decepcionada, porque hubiera deseado tomar parte en la futura escena, pero Poirot añadió, adoptando un aire de misterio:

—Preferible, no: es esencial.

Con lo que dejó a la buena mujer impresionada.

Encontró a Parsons, el mayordomo, en la cocina, limpiando la plata. Poirot inició la conversación con una de sus graciosas inclinaciones de cabeza.

—Soy detective —dijo.

—Sí, señor, lo sé —repuso Parsons.

Su acento era respetuoso, aunque impersonal.

—Lady Astwell ha enviado a buscarme —le explicó Poirot— porque no está satisfecha, no, no está satisfecha.

—He oído decir eso a su señoría en diversas ocasiones.

—Bueno. ¿Para qué voy a contarle lo que ya sabe? No perdamos el tiempo en esas tonterías. Conduzca, por favor, a su habitación y dígame lo que oyó la noche del crimen.

La habitación del mayordomo se hallaba en la planta

baja, en el vestíbulo de la servidumbre. Tenía rejas en las ventanas. Parsons indicó a Poirot el angosto lecho.

—Me metí en la cama a las once de la noche, señor —dijo—. Miss Margrave se había retirado ya a descansar y lady Astwell se encontraba con sir Reuben en la habitación de la Torre.

—¡Ah! ¿Estaba con sir Reuben? Está bien, prosiga.

—Esa habitación está ahí arriba, encima de ésta. Cuando sus ocupantes hablan en voz alta se oye el murmullo de sus voces, pero naturalmente no se entiende lo que dicen, excepto alguna que otra palabra suelta, ¿comprende? A las once y media dormía a pierna suelta. A las doce me despertó un portazo. Mr. Levenson volvía de la calle. Poco después oí el ruido de pasos y a continuación su voz. Por lo visto, hablaba con sir Reuben.

»No puedo asegurarlo, pero me pareció que si no estaba embriagado se sentía inclinado a hacer ruido y a mostrarse indiscreto, porque dijo no sé qué a su tío a voz en cuello. Luego sonó un grito agudo al que sucedió un golpe particular, como la caída de un cuerpo pesado.

Hubo una pausa. Parsons repitió con acento impresionante las últimas palabras.

—La caída de un cuerpo pesado, ¿comprende? Después oí exclamar a Mr. Levenson, lo mismo que si le tuviera delante: «¡Oh, Dios mío, Dios mío!».

A pesar de su primera y visible repugnancia, Parsons disfrutaba ahora con su relato. Se creía sin duda buen narrador y, para llevarle la corriente, Poirot hizo un comentario lisonjero.

—*Mon Dieu!* —murmuró—. ¡Qué emoción debió usted de sentir!

—Y que lo diga, señor. Ciertamente, señor —repuso el mayordomo—. Pero entonces no me paré a pensar en lo que sentía o dejara de sentir; sólo se me ocurrió ir a ver lo que pasaba. Por cierto que al encender la luz eléctrica derribé una silla.

»Crucé el vestíbulo de la servidumbre y fui a abrir la puerta del pasillo. Al llegar al pie de la escalera que conduce a la Torre me detuve, indeciso, y entonces sonó por encima de mi cabeza la voz de Mr. Levenson, que decía cordial y alegremente: "Por fortuna no ha sucedido nada. ¡Buenas noches!". Y le oí avanzar por el pasillo, silbando entre dientes, en dirección a su dormitorio.

»Entonces me volví a la cama pensando que sin duda se habría caído algún mueble porque, dígame, señor, ¿cómo iba a sospechar que acababa de asesinar a sir Reuben después de darme Mr. Levenson las buenas noches con toda despreocupación?

—¿Está bien seguro de que oyó usted su voz?

Parsons miró al pequeño belga con aire de compasión. Estaba convencido de lo que afirmaba.

—¿Desea saber algo más el señor?

—No, deseo hacerle una sola pregunta. ¿Le gusta a usted Levenson?

—No le comprendo, señor.

—Se trata de una simple pregunta. ¿Le es simpático Mr. Levenson?

Parsons pasó del sobresalto al embarazo.

—Es opinión general de la servidumbre... —comenzó a decir. Y calló de repente.

—Diga, dígalo en la forma que guste.

—Pues la servidumbre opina, señor, que es un caballero muy generoso, pero... no muy inteligente.

—¡Ah! ¿Sabe, Parsons, que sin tener el gusto de conocerle me adhiero a esa opinión?

—Ciertamente, señor.

—¿Y puede saberse ahora qué opina usted... qué opina la servidumbre del secretario de sir Reuben?

—Opina que es un caballero muy callado, muy paciente, que no ocasiona ninguna molestia.

—*Vraiment!* —dijo Poirot.

El mayordomo tosió.

—Su señoría, señor —murmuró—, es algo precipitada en sus juicios.

—¿De manera que, en opinión de la servidumbre, Mr. Leverson es el autor del crimen?

—Verá, a nadie le gusta pensar que ha sido él. Además, no posee un temperamento criminal.

—Pero tiene mal genio, ¿no es así?

Parsons se le acercó un poco más.

—¿Desea saber cuál es el miembro de la familia que tiene peor carácter? —preguntó.

Poirot levantó la mano.

—No —contestó—. Por el contrario, me disponía a preguntarle cuál es el que lo tiene mejor.

Parsons se le quedó mirando con la boca abierta.

Poirot no perdió más tiempo. Le dirigió una amable inclinación de cabeza, porque era amable con todo el mundo, y salió de la habitación al gran vestíbulo cuadrado de Mon Repos. Cuando llegó al centro se detuvo absorto un instante; al oír un leve sonido, ladeó la cabeza como un pajarillo y, sin hacer el menor ruido, se acercó a una puerta.

Una vez en el umbral, se detuvo de nuevo para echarle un vistazo a la habitación que hacía las veces de biblioteca. Sentado a una mesita divisó, escribiendo, a un joven pálido y delgado. Tenía una barbilla saliente y llevaba gafas.

Poirot le examinó unos segundos y a continuación rompió el silencio reinante con una tosecilla teatral.

—¡Ejem! —exclamó.

El joven dejó de escribir y levantó la cabeza. No parecía sobresaltado, pero miró a Poirot con expresión perpleja.

Éste avanzó unos pasos.

—¿Tengo el honor de hablar con Mr. Trefusis? —pre-

guntó—. Me llamo Hércules Poirot. Aunque supongo que ya habrá oído hablar de mí...

—Oh, sí, ya lo creo —balbuceó el joven.

Poirot le miró con más atención.

Representaba tener unos treinta años y el detective vio enseguida que no era posible que nadie tomara en serio la acusación de lady Astwell, porque Mr. Trefusis era un joven correcto, atildado y tímido, es decir, el tipo de hombre a quien puede tratarse y se trata sin ningún miramiento.

—Ya veo que lady Astwell le ha hecho venir —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

Se mostraba cortés sin ser efusivo. Poirot tomó una silla y murmuró con acento suave:

—¿Le ha confiado lady Astwell sus sospechas? ¿Está enterado de lo que supone?

Owen Trefusis sonrió un poco.

—Creo que sospecha de mí —contestó—. Es un absurdo, aunque no deja de ser cierto. Desde la noche del crimen no me dirige la palabra y cuando yo paso junto a ella se estremece y se pega a la pared.

Su actitud era perfectamente natural y su voz dejaba traslucir más diversión que resentimiento. Poirot adoptó un aire de atrayente franqueza.

—Que quede esto entre nosotros: así lo ha dicho —declaró—. Yo no he querido discutir jamás con las señoras, sobre todo cuando se sienten tan seguras de sí mismas. Es una lamentable pérdida de tiempo, ¿comprende?

—Oh, sí, comprendo.

—Sólo le he contestado: «Sí, milady. Perfectamente, milady. *Précisément*, milady». Esas palabras no significan nada o muy poca cosa, pero tranquilizan. Entretanto llevo a cabo una investigación porque parece imposible que nadie, a excepción de Mr. Leverson, haya cometido el crimen, aunque..., bien, lo imposible ha sucedido ya antes de ahora.

—Comprendo muy bien su actitud —repuso el secretario— y le ruego que me considere a su entera disposición.

—*Bon* —dijo Poirot—. Ahora nos entendemos. Tenga la bondad de referirme los acontecimientos de aquella noche. Será mejor para mi buena comprensión que comience por la cena.

—Leverson no asistió a ella —dijo el secretario—. Había tenido una seria desavenencia con su tío y se fue a cenar al Golf Club. Por tanto, sir Reuben estaba de pésimo humor.

—No era muy amable ese monsieur, ¿verdad? —dijo Poirot.

—¡Oh, no! Era un bárbaro. Le conocía bien, no en balde le serví por espacio de nueve años y digo, monsieur Poirot, que era hombre extraordinariamente difícil de complacer. Cuando se encolerizaba era presa de verdaderos ataques infantiles de rabia, durante los cuales insultaba a todo aquel que se le acercaba. Yo ya me había habituado y adopté la costumbre de no prestar la menor atención a lo que decía. No era mala persona, aunque sí exasperante y bobo. Lo mejor era, pues, no responderle ni una palabra.

—¿Se mostraban los demás tan prudentes como usted? Trefusis se encogió de hombros.

—Lady Astwell disfrutaba oyéndole despotricar. No le tenía miedo, por el contrario: le defendía y le daba cuanto exigía. Después hacían las paces porque sir Reuben la quería de verdad.

—¿Discutieron la noche del crimen?

El secretario le miró de soslayo, titubeó un momento y contestó:

—Así lo creo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido. Eso es todo.

—Naturalmente, no lo sé —explicó el secretario—, pero me parece que sí.

—¿Quién más se sentó a la mesa?

—Miss Margrave, Mr. Victor Astwell y un servidor.

—¿Qué hicieron después de cenar?

—Pasamos al salón. Sir Reuben no nos acompañó. Diez minutos después vino a buscarme y me armó un escándalo por algo sin importancia relacionado con una carta. Yo subí con él a la Torre y arreglé el error; luego llegó Mr. Victor Astwell diciendo que deseaba hablar a solas con su hermano y entonces bajé a reunirme con las señoras.

»Al cabo de un cuarto de hora sir Reuben tocó con violencia la campanilla y Parsons vino a rogarme que subiera a la Torre enseguida. Cuando entré en ella Mr. Astwell salía con tanta prisa que por poco me derriba. Era evidente que había ocurrido algo y que se sentía trastornado. Tiene un carácter muy violento y es muy posible que no me viera.

—¿Hizo sir Reuben algún comentario?

—Me dijo: «Victor es un lunático; en uno de esos ataques de rabia hará alguna sonada».

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Tiene idea de qué trataron?

—No, señor, en absoluto.

Poirot volvió con lentitud la cabeza y miró al secretario. Había pronunciado con demasiada precipitación estas últimas palabras y estaba convencido de que Trefusis podía haber dicho más si hubiera querido. Pero no le instó a que lo dijera.

—¿Y después...? Continúe, por favor.

—Trabajé con sir Reuben por espacio de hora y media. A las once en punto llegó sir lady Astwell y sir Reuben me dio permiso para que me retirase.

—¿Y se retiró?

—Sí.

—¿Tiene idea del tiempo que permaneció lady Astwell haciéndole compañía?

—No, señor. Su habitación está en el primer piso, la mía en el segundo y por eso no la oí salir de la Torre.

—Entendido.

Poirot se puso en pie de golpe.

—Ahora, monsieur, tenga la bondad de conducirme a la Torre.

Siguió al secretario por la amplia escalera hasta el primer rellano y allí Trefusis le condujo por un corredor, y luego por una puerta falsa que había al final, a la escalera de servicio. Sucedió a ésta un corto pasillo que terminaba ante una puerta cerrada. Franqueada ésta se encontraron en la escena del crimen.

Era una habitación de techo más elevado que el resto de la casa y tenía poco menos de treinta metros cuadrados. Espadas y azagayas ornaban las paredes y Poirot vio sobre las mesas muchas antigüedades indígenas. En un extremo, junto a una ventana, había un hermoso escritorio. Poirot se dirigió en línea recta hacia él.

—¿Es aquí donde encontraron muerto a sir Reuben?
—quiso saber.

Trefusis hizo un gesto de afirmación.

—Tengo entendido que le golpearon por detrás, ¿es así?

El secretario volvió a afirmar con el gesto.

—El crimen se cometió con una de esas armas indígenas —explicó—, tremendamente pesada. La muerte fue instantánea.

—Esto afirma mi convicción de que no fue premeditado. Tras una acalorada discusión, el asesino debió de arrancar el... arma de la pared casi inconscientemente.

—¡Sí, pobre Mr. Leverson!

—Y después se encontraría, sin duda, el cadáver caído sobre la mesa...

—No, había resbalado hasta el suelo.

—¡Ah, es curioso!

—¿Curioso? ¿Por qué?

—Por eso.

Poirot señaló a Trefusis una mancha redonda e irregular que había en la bruñida superficie de la mesa.

—Es una mancha de sangre, *mon ami*.

—Debió de salpicar o quizá la dejaron después los que levantaron el cadáver —sugirió Trefusis.

—Sí, es muy posible —repuso Poirot—. ¿La habitación tiene dos puertas?

—Sí, ahí detrás hay otra escalera.

Trefusis descorrió una cortina de terciopelo, que ocultaba el ángulo de la habitación más próxima a la puerta de entrada, y apareció una escalera de caracol.

—La Torre perteneció a un astrónomo. Esa escalera conduce a la parte superior, donde estaba el telescopio. Sir Reuben instaló en ella un dormitorio y en ocasiones, cuando trabajaba hasta horas avanzadas de la noche, dormía en él.

Poirot subió torpemente los peldaños. La habitación circular en que se terminaba la escalera estaba amueblada con un sencillo lecho de campaña, una silla y un tocador. Después de asegurarse de que no tenía otra salida, Poirot volvió a bajar a la habitación donde Trefusis se había quedado aguardando.

—¿Oyó llegar de la calle a Mr. Leverson? —le preguntó. Trefusis meneó la cabeza.

—No, señor. Dormía profundamente.

—*Eh bien!* —exclamó el detective—. Me parece que ya no nos queda nada que hacer aquí a excepción de..., ¿me hace el favor de correr las cortinas?

Trefusis tiró, obediente, de las pesadas cortinas negras que cubrían la ventana al otro extremo de la habitación.

Poirot encendió la luz central oculta en el fondo de un enorme cuenco de alabastro que pendía del techo.

—¿La habitación tiene alguna otra luz? —preguntó.

Como respuesta, el secretario encendió una enorme lámpara de pie, de pantalla verde, que estaba colocada junto al escritorio. Poirot apagó la del techo, luego la encendió y la volvió a apagar.

—*C'est bien* —exclamó—. Hemos concluido.

—Se cena a las siete y media —murmuró el secretario.

—Bien. Gracias por su amabilidad, Mr. Trefusis.

—No hay de qué.

Poirot se dirigió pensativo por el pasillo a la habitación que se le había asignado. El inmovible George estaba ya en ella sacando la ropa de la maleta.

—Mi buen George —dijo Poirot al verle—, esta noche a la hora de cenar voy a conocer a un caballero que me intriga muchísimo. Vuelve de los trópicos y posee un carácter... muy tropical. Parsons pretendía hablarme de él, pero Lily Margrave no lo ha mencionado. También el difunto sir Reuben tenía un carácter irascible, George. Vamos a suponer que se pusiera en contacto con un hombre más colérico que él, ¿qué pasaría? Que uno de los dos saltaría, ¿no?

—Sí, señor, saltaría... o no.

—¿No?

—No, señor. Mi tía Jemima, señor, tenía una lengua muy larga y mortificaba sin cesar a una hermana pobre que vivía con ella. Le hacía la vida imposible, en realidad. Pues bien: la hermana no toleraba que se le defendiera. No soportaba la dulzura ni la conmiseración de la gente.

—¡Ya! Tiene gracia —observó Poirot.

George tosió.

—¿Desea algo más el señor? —dijo muy circunspecto—. ¿Quiere que le ayude a vestirse?

—Mire, hágame un favor —repuso Poirot—. Averigüe, si puede, de qué color era el vestido que llevaba miss Margrave la noche del crimen y qué doncella la sirve.

George recibió el encargo con su impasibilidad acostumbrada.

—El señor lo sabrá mañana por la mañana —contestó.

Poirot se levantó de la silla y se situó delante del fuego encendido en la chimenea.